

Grupo Rothschild

LA DECADENCIA DE LOS BARONES DE ORO

E LLOS son un mito. Durante más de ciento cincuenta años han prestado dinero a todos, o casi todos, los Gobiernos franceses desde Carlos X hasta la V República; han explotado las principales vías de ferrocarriles en Francia; han descubierto y comercializado riquezas mineras de España al Cáucaso; han financiado (con pingües beneficios) la independencia de Grecia y la unidad de Italia. Tienen grandes intereses en las minas de hierro de Mauritania y en las de uranio de Zaire. Controlan sociedades dedicadas a la promoción turística, a los productos lácteos y a las armas. Importantes en el transporte marítimo petrolero. Han prestado fuertes sumas al Estado de Israel y contribuyeron a su potencia militar durante la "guerra de los seis días". El barón Alain de Rothschild es el presidente del Consistorio judío de Francia. Desde su gran Banco de la rue Laffitte, la familia sigue dominando su imperio.

Banqueros de Reyes y explotadores coloniales

Con todo, las cosas no van bien. En 1977 hubo pérdidas en el sector minero (el pasivo alcanzaba 130 millones de francos, al 30 de junio de 1978) y lo mismo puede decirse de los sectores inmobiliario, turismo y transporte. Sólo la Banca obtuvo beneficios, pero aun éstos fueron dos tercios menores que el año anterior. El gran "holding" de la familia, la Compagnie du Nord, que tenía su sede junto al Banco, fue absorbida recientemente por éste. Finalmente, hace tan sólo unas semanas, las tres cabezas visibles de la familia, los barones Guy, Alain y Elie, todos ellos con más de sesenta años, pasaron la dirección suprema de los negocios familiares a los jóvenes David, hijo de Guy, y Nathaniel, hijo de Elie. Quizá el barón Guy recordó sus propias palabras: "La dictadura de los ancianos es un sistema que debe desecharse desde el punto de vista moral y que, además, es ineficaz. El dinamismo de la juventud y sus

De momento, son sólo síntomas: la Banca Rothschild baja al sexto puesto del "ranking" bancario francés; hay cuantiosas pérdidas en el resto de las actividades del grupo; las fusiones, las reestructuraciones se suceden. Dos miembros más jóvenes del "clan", David y Nathaniel, de treinta y seis y treinta y un años, heredan la dirección. Los viejos barones se retiran a disfrutar de sus cuadradas y sus obras de arte. En definitiva, la decadencia del grupo Rothschild representa el ocaso del capitalismo multinacional europeo, ligado a la deuda pública de los Estados y al colonialismo. La era Carter amenaza acabar con él.

RAMIRO CRISTOBAL

conocimientos recién adquiridos son los antidotos naturales contra el empirismo y la rutina que tarde o temprano amenazan a toda empresa".

Como los Médicis, como los Fugger, la familia Rothschild tiene un origen de simples comerciantes. Aquel legendario Mayer Amschel Rothschild, fundador de la dinastía, era un próspero comerciante judío que tenía su sede en Frankfurt hacia finales del siglo XVIII. Sus cinco hijos continuarían el negocio familiar en sendas capitales europeas: Viena, Nápoles, París, Londres y el propio Frankfurt. La rama alemana se extinguió y la de Nápoles no prosperó, Hitler exterminó a los Rothschild austríacos y, hoy, sólo las ramas francesa e inglesa siguen en pie.

El fundador de los Rothschild franceses se estableció en París, justo después de la gran aventura napoleónica. En 1817 compró un hermoso palacio estilo Directorio, perteneciente pocos años antes al famoso ministro de Policía Fouché. Allí, con una pintoresca vista sobre el Sacré Coeur, en la colina de Montmartre, se fundó el Banco Messieurs de Rothschild Frères. Desde entonces, los Rothschild estuvieron con la Monarquía francesa hasta su ocaso. Comenzaron prestando dinero para las indemnizaciones de guerra exigidas por los aliados antinapoleónicos. Después negociaron empréstitos privados y públicos a Carlos X, Luis Felipe y Napoleón III.

Mientras, acompañaron a Francia en su aventura colonial. A muy bajo precio, y gracias a las buenas relaciones mantenidas en las Cortes y en los despachos ministeriales, los Rothschild fueron creando un imperio minero y de concesiones de ex-

plotaciones de los ferrocarriles, había dañado las posibilidades del grupo. Por si fuera poco, el mercado mundial de materias primas, base de las exportaciones de los Rothschild, estaba siendo manejado descaradamente por los Estados Unidos. Los explotadores acompañaron, en este aspecto, a los explotados, en la triste aventura comercial



David —hijo de Guy— de Rothschild, "el dinamismo de la juventud", en las carreras con la que entonces todavía era su prometida: Olympia Aldo Brandini.

plotación de materias primas en Extremo Oriente, en el África francesa. También hicieron fáciles inversiones en los siempre necesitados países pobres de Europa: así consiguieron las explotaciones mineras en España y Grecia.

De Pompidou a Giscard

En 1967 se demolió el viejo palacio de Fouché y en su lugar se levantó un inmenso edificio moderno, donde se albergaban la Banque Rothschild y la Compagnie du Nord, hasta la reciente absorción del "holding". La vieja estructura comercial y multinacional estaba haciendo agua por todos lados y era necesario comenzar una nueva era. La independencia de las colonias causaba graves problemas; hasta la propia Francia, con sus na-

de los intercambios entre materias primas y productos terminados. Las grandes multinacionales de la era industrial y científica estaban en marcha y el imperio de los Rothschild quedó muy anticuado.

La demolición del vetusto edificio bancario fue todo un símbolo. El barón Guy dijo entonces: "Uno no puede aferrarse al pasado y renunciar por razones sentimentales e históricas a construir algo nuevo y actuar con eficacia. Los negocios, la economía: he aquí la vida, la acción".

Por suerte para ellos, el general De Gaulle se mostraba poco dispuesto a dar luz verde al capital americano y, por el contrario, fomentaba un capitalismo nacional. Hasta tal punto los Rothschild entraron en este plan del viejo nacionalista, que lograron colocar como primer ministro a un director general de su Banco: Georges Pompidou. Poco des-



Como los Médici, como los Fugger, la familia Rothschild tiene un origen de simples comerciantes. Hoy sólo las ramas francesa e inglesa siguen en pie, después de que se extinguiese la rama alemana, no prosperase la de Nápoles, y Hitler exterminase a los Rothschild austriacos.



El barón James Mayer de Rothschild, uno de los cinco "señores de Frankfurt", fundador de la casa de París en 1817.

pués, retirado De Gaulle, el hombre de los Rothschild llegaría a la Presidencia. Fueron los años dorados.

Pompidou, ya Presidente, dedicó una especialísima atención a mantener las mejores relaciones posibles con los llamados países francófonos de África, donde sus antiguos patronos obtenían sus beneficios. Incluso intentaron —y probablemente lograron— adquirir nuevos intereses. Hay quien dice que, por

ejemplo, en la descolonización de Guinea Ecuatorial intervinieron activamente los Rothschild, a través de una familia franco-española-judía de Madrid. Un dato más tener en cuenta es el nombramiento como primer ministro de Pompidou del también judío Pierre Messmer.

El panorama cambió radicalmente en la era Giscard, de tendencia netamente atlantista y favorable a la entrada libre de las multinacionales americanas en Francia. Tendencia que se vería notablemente reforzada con el nombramiento del primer ministro Raymond Barre, miembro de la Trilateral y también decidido proamericano.

Se apagan los oropeles

Los Rothschild, paternalistas, triunfadores, mecidos suavemente por el poder del Estado, sonríen en las revistas del corazón. Se permiten algunos pequeños escándalos, como la boda del patriarca de la familia, James, de setenta años, con la actriz Yvette Choquet, de veintisiete. El mismo Guy, jefe indiscutido del clan, hace modestas y enfáticas declaraciones: "Considérenme un simple gerente de un grupo industrial. Los viejos mitos son muy malos para las relaciones públicas de mi familia". Y un toque de inocente vanidad: "Intento aplicar los modernos prin-

cipios de la gerencia financiera y económica, campos en los cuales soy una autoridad". Y dice así de los suyos: "Hemos heredado cierta posición que debemos seguir manteniendo. Aunque cambiemos, progresemos y nos desarrollemos, siempre seguiremos dominando. Somos distintos, diferentes a los demás".

Por esta época, finales de los años sesenta, los reportajes sobre las cuadras de caballos de carreras de los Rothschild en Normandía son el plato cotidiano de los semanarios elegantes. En Meautrie, los barones tienen cincuenta pura sangre y entrenan otros cincuenta en Chantilly. Por lo demás, en la otra punta de Francia, en el Medoc (Bajo Garona), poseen la propiedad Lafite, donde se hace el Château-Lafite-Rothschild, considerado un vino de primera y excepcional calidad. Su gusto por los cuadros de firma es notorio; se dice que los tres barones poseen una de las mejores colecciones privadas de pintura del mundo.

En 1973, la fortuna de los Rothschild se tambalea y, curiosamente, su imagen mundana aparece mucho más raramente en los ecos de sociedad. La caída internacional del precio del níquel hace perder 250 millones de francos al grupo y han de vender el 50 por 100 de sus explotaciones mineras en Nueva Caledonia a la firma Pétroles d'Aquitaine. Desde entonces, la

crisis de materias primas, sabiamente dosificada por el primer consumidor de las mismas, Estados Unidos, pone en grave aprieto al grupo. Los tres brazos de su "holding" minero, Imetal, sufren convulsiones: Peñarroya, gigante mundial del zinc, atraviesa una mala época, y lo mismo puede decirse de Moktar, manganeso, y Le Nickel, del níquel.

En 1977, a la larvada pero cierta crisis del sector minero del grupo, se unen fuertes pérdidas en otros campos. Así, en el sector inmobiliario, los proyectos de construcción en los barrios de Gobelins e Italie, de París y el proyecto de la torre Apogée se saldaban con la intervención de la Compagnie du Nord, que hubo de poner 30 millones de francos para sanear el balance. La compañía Saga, que opera en los transportes marítimos, cerraba el año pasado con una pérdida de 67 millones de francos; otra empresa ligada al grupo, la Multinationale, anulaba repentinamente una orden de compra de tres metaneros, con el correspondiente escándalo, y el naufragio del petrolero "Multina", en noviembre de 1977, costó a la Saga más de 60 millones. En el sector turismo, la compañía PLM no pudo repartir dividendos y se dice que la construcción de un gigantesco hotel en Teherán no ha sido un acierto de cara al futuro.

Por supuesto que no se puede hablar de bancarrota ni quiebra. La fortuna de la rama francesa sigue siendo enorme y, en realidad, la Banca Rothschild marcha bien, aunque ya ha sido adelantada por los grandes Bancos galos (Banca Nacional de París, Crédit Lyonnais y Société Générale Banque de Paris et de Pays-Bas, Banque de Suze). Se trata sólo de un mal momento, que parece tener mala solución dada la estructura de los negocios del grupo. De momento, el nuevo patrón, David, cree que el porvenir está en el sector financiero y quiere comenzar la recuperación a partir del Banco familiar: Piensa estrechar los lazos con la rama inglesa de los Rothschild y se habla de fuertes inversiones financieras en Nueva York y en España. Se trata, en suma, de transformar radicalmente el enorme tinglado económico levantado durante ciento cincuenta años.

Con términos de Enrique Ruiz García, el capitalismo industrial está muriendo y su lugar está siendo ocupado por el imperalismo científico de la Trilateral. ■